



**CC ONG**

**AYUDA AL DESARROLLO**

[www.ccong.es](http://www.ccong.es)

## Celia Martín · Memoria Ziniaré · Julio-Agosto 2013

Por segundo año consecutivo, llego al aeropuerto de Ouaga, donde me espera Ousmane con su amigo taxista, Moussa. Me llevan al albergue de Les Lauriers, donde los guardas afirman que no tengo hecha ninguna reserva y que no hay habitación para mí. Por suerte, Ousmane me ofrece su casa, ya que son las dos de la mañana y no me quedan muchas más opciones. Al día siguiente me entero de que la monja responsable está enferma y se olvidó de avisar de mi llegada a quien la sustituía. Por tanto, recomiendo llamar directamente al albergue el día de antes para confirmar la reserva.

Al día siguiente cambio mis euros en una oficina de Western Union, donde me cobran comisión, compro la tarjeta del teléfono y partimos a Ziniaré. Después de saludar a la nueva superiora, sor Émilie, me instalo en el albergue, donde me dan la misma habitación que el año pasado, con aire acondicionado (aunque no lo enciendo nunca).

En el orfanato, los niños gritan mi nombre al verme, se acuerdan de mí y se sorprenden, con alegría, de que haya vuelto. Las mamis me reciben con gritos y los brazos abiertos. No podría esperar una bienvenida mejor.

El segundo día entrego el dinero que he recaudado a sor Émilie y hacemos el reparto de ropa con las mamis. Se lo prueban todo pero deciden guardarlo hasta septiembre, cuando vuelvan las madres y los niños que están de vacaciones.

Acuerdo con sor Émilie los grupos de mis clases de inglés: una con los niños de 10-12 años (nivel inicial), y otra con los de 15-17 (nivel medio). Los mayores tardan un par de días en decidir qué horarios quieren (tienen ciertas limitaciones porque las niñas se ocupan de la cocina y de lavar la ropa, y los niños salen a cultivar), pero con los pequeños comenzamos al día siguiente. Algunos se acuerdan de lo que vimos el año pasado, y todos vienen entusiasmados a las clases. Les gusta aprender, cambiar su rutina y sentir que se les presta atención. De hecho, hay que restringir la entrada a los más pequeños, que también quieren apuntarse a la novedad. Vemos las presentaciones, los colores, días de la semana, meses del año, números, etc. Cuesta que se centren pero después de los dos primeros días consigo llevar las clases con normalidad. Se divierten ellos, y me divierto yo. ¡Me piden que demos clase hasta los domingos!

Los mayores tienen algo más de nivel pero no están acostumbrados a hablar en clase (ni en inglés ni en francés), por lo que sospecho que en el colegio no se debe de fomentar mucho la participación del alumno. Por eso, dejo la teoría a un lado y me dedico a intentar que se acostumbren a hablar y formar frases con construcciones sencillas. Vemos expresiones y vocabulario. Me sorprende uno de los niños, que tiene más nivel y mucha mayor soltura, lo que me ayuda a dinamizar las clases.

Las clases me ocupan la mayor parte del día, pero el tiempo que me sobra lo dedico a jugar con ellos. Tengo varios juegos que voy llevando poco a poco para enseñarles en grupitos reducidos. Con menos niños es más fácil conseguir que se concentren; así, los mayores o más espabilados aprenden antes y luego enseñan a los demás. Me alegro de haberlo planteado de esta manera, al contrario que el año pasado, cuando repartí la ropa y los juguetes a la vez y sospecho que éstos quedaron olvidados en algún armario. Además, una noche organizamos una velada de cuentacuentos con un amigo de Ouahigouya, que quiso venir hasta Ziniaré para entretener a los niños con sus historias africanas. Les gustó mucho, pero cometimos el error de empezar demasiado tarde, y los pequeñitos se quedaron dormidos antes de que acabara. Cuando llegaron María e Isabel, había sesión de cine casi todos los días.

En la panadería, me cuentan las novedades: debido al empeoramiento de las condiciones de trabajo, más de la mitad de los empleados han dejado el trabajo, y los que quedan no tienen claro cuánto tiempo van a aguantar. Varios de los niños del orfanato van casi todas las noches a trabajar con los panaderos. No duermen y al día siguiente apenas consiguen mantenerse despiertos en las clases.

Las condiciones del alojamiento de los voluntarios también han cambiado mucho con respecto al verano pasado. Antes comíamos en el orfanato, con las monjas; había mucha variedad y cantidad de comida, siempre dentro de las limitaciones gastronómicas de Burkina. Este año, se desayuna, come y cena en la cocina del albergue. Es Philippe quien trae la comida desde el orfanato; los tres primeros días, en los que estuve sola, me traía una pequeña cazuela con pasta, arroz o cuscús, y unos mínimos trozos de carne o pescado. La cantidad bastaba para mí sola, pero la diferencia con el año pasado era abismal, con el agravante de que además el precio ha aumentado considerablemente. Cuando empezaron a llegar otros voluntarios (primero dos franceses de otra asociación), la cantidad siguió siendo la misma; una de las noches trajeron tres trozos diminutos de pescado, por lo que yo decidí cenar fuera y dejarles cenar a ellos. Después de tres días sin que variara nada, hablé con sor Émilie, quien me aseguró que debía haber sido un error, pero que se resolvería inmediatamente. Así fue, y durante unos días comimos lo mismo, pero más abundante, hasta que llegaron más voluntarios y volvimos a ver reducidas las raciones. Hasta una noche en la que trajeron una cazuela de judías verdes más que escasa para las ocho personas que allí comíamos. Esta vez no había ni pan, ni por supuesto postre (sólo trajeron fruta un par de días). Cuando fuimos a hablar de nuevo con la monja, no pareció querer buscar una solución, y decidió que desde entonces dejaríamos de comer en el albergue. A partir de ese día sólo consumíamos el desayuno, por 800 CFA (en todo caso, demasiado caro para los estándares burkineses, según pudimos comprobar). Para las comidas y las cenas, al principio acudíamos al Restaurant Mobile que se encuentra a unos 20 minutos a pie. Después de unos días, nos ofrecieron traernos la comida ellos mismos, con mucha más variedad y a un precio mucho más asequible que el albergue.

Este año, mi estancia en Ziniaré ha sido mucho más enriquecedora que el primero. El hecho de repetir me ha permitido sentirme mucho más cómoda, pues ya conocía a la gente y ellos mismos me han acogido con mucha más confianza --desde los peques, hasta los mayores, las mamis y todo el mundo en general. Creo que, sobre todo los niños, valoran el hecho de que haya una continuidad en los voluntarios, pues encariñarse con alguien que nunca más vuelve a verlos debe suponerles una cierta desilusión. Me sorprendió, de hecho, que se acordaran tanto de los voluntarios que estuvieron el año pasado y preguntaran con insistencia por ellos.

Por otro lado, esta vez he comprobado la importancia que tienen nuestras visitas para los niños. Todos ellos demandan un afecto necesario para cualquier niño, pero que por motivos obvios en el orfanato no pueden recibir (demasiados niños para pocas mamás). Les encanta que se les preste atención, sea por el motivo que sea: por ejemplo, si una vez me paraba a mirarle una herida a uno, en seguida venían seis a enseñarme hasta el más mínimo rasguño. Por eso, aunque nosotros apenas estemos allí unas semanas y sólo nos dediquemos a actividades lúdicas, estoy segura de que sirve para romper su rutina diaria y aportarles estímulos, entretenimiento y cariño.

El aspecto negativo de este viaje ha sido sin duda el ambiente pesimista que he percibido desde la partida de la antigua directora del orfanato, sor Véronique (admirada y querida por todos), y la llegada de sor Émilie. El disgusto ante el cambio de gestión es generalizado entre los empleados de la panadería, del albergue y del orfanato (no puedo hablar de las madres ni los niños pues no se han pronunciado al respecto). Tampoco los voluntarios, que hemos notado la diferencia de trato entre el año pasado y este, hemos quedado satisfechos, aunque nuestro descontento sin duda debería quedar en un segundo plano. Personalmente, si vuelvo el año que viene, sólo reservaré alojamiento en el albergue y me organizaré para comer por mi cuenta. Lo que más me importa es ver a los niños y asegurarme de que a ellos no les afectan los cambios que puedan producirse en la dirección del centro.